

Biri-Biri, que es negro». Parece como si todos los cronistas quisieran hacerlo blanco a base de frases cariñosas en las informaciones de los partidos. Si fuera de raza blanca, cuando se tratara de no repetir el nombre, Biri-Biri sería en nuestra literatura futbolística «el ariete sevillista» o «el delantero blanco» o «el hombre en punta del conjunto del Sánchez Pizjuán». Pero como es negro, Biri-Biri es llamado, a saber:

- a) «El morenito gambiano».
- b) «El negrito africano».
- c) «El delantero negro».

Aún no se sabe por qué le llaman «el delantero negro» y no «el delanterito negro». Porque el

peor racismo español es el de los diminutivos conmisericordiosos, «morenito», «negrito». ¡Llamar «morenito» y «negrito» a un negro que es un tío como un castillo...!

Se hace racismo con Biri-Biri y mucho más con su hijo de un año, Ramou Momodo Njie. Todos los sevillistas se sienten en el fondo padres adoptivos de Ramou, que —¡pobrecito!— ha tenido la desgracia de nacer negro.

Aunque un negro se puede recuperar. Entre otras formas, llámndole a secas «Biri». Los sevillistas de corazón creen hacer club cuando dicen «Biri» y evitan la repetición que el mismo Alhaji



se puso como nombre de guerra cuando llegó al fútbol español desde el amateurismo danés. Es como si el Mau-Mau hubiera sido menos africano de haberlo llamado los ingleses sólo Mau...

Pero a un negro, aunque se tenga lástima de él, no hay que dejarle pasar ni una. Los seguidores de Biri le llaman «el negrito» y «el morenito» y le dan lástima él y su hijo, mientras admiran la belleza —salvaje, por supuesto— de su señora esposa. Pero los defensas contrarios le tiran a matar. De modo que Biri, el pobrecito Biri-Biri, ha tenido que confesar:

—En España no hay problema racial. Pero su fútbol es duro y a mí se me hace objeto de marcajes implacables... Yo sólo quiero jugar al fútbol. No soy duro nunca, aunque no vuelvo la cara, porque voy noblemente al balón, y no acabo de entender por qué algunos jugadores no hablan bien de mí. Aunque eso lo hacen seguramente para defenderse de mi juego. Un defensa me marca bien, me anula y triunfa en su equipo. Entonces, si no logra sujetarme por medios lícitos, me da patadas y para justificarse ante los suyos habla mal de mí. Pero yo no soy un jugador duro ni violento. La verdad es que si siguen dándome patadas en climas hostiles, tendría que marcharme...

Ahora quizá las cosas sean más suaves para Biri-Biri, que recuerda con negrura pasadas temporadas del Sevilla: «En Segunda he recibido verdaderas palizas en algunos campos, de los que no quiero acordarme...».

Yo que Biri-Biri me guardaría mucho decir que en España no hay problema racial. Claro que lo hay. Lo que pasa es que aquí al negrito o al morenito le decimos primero que qué gracioso, que qué pena su niño Ramou, tan chiquitito y tan oscuro. Y después, a arrearle patadas. Por negro joío. ■ FERNANDO OLIVARES.

## TVE: el centrismo del padre Mundina

Por fin Televisión Española ha encontrado su cura. Trabajito le ha costado. Ninguno daba la talla. El padre Sobrino quedaba como muy desvaído entre las madres de familia y los profesores de EGB. El padre Muñoz Iglesias se nos perdía de vez en cuando entre las páginas del Antiguo o los Hechos de los Apóstoles. Monseñor Guerra Campos, no digamos...

Tampoco era cosa de meter en Televisión a un cura de homilia, a un coadjutor de Vallecas o a González Ruiz en persona. Ya se sabe que Televisión no admite a los curas progres, no por otra cosa, sino porque dan mal después en las páginas del «Tele Radio» o en «Tele Programa», cuando los dan con su sotana negra y su canesú al lado de Telly Savallas.

Cuando la otra tarde vi que Televisión recuperaba al padre Mundina, me dije:

## TERROR EN TELEVISION

**N**O, no voy a hablarles de lo que ustedes se figuran. Utilizo la palabra horror en su sentido más disciplinado y estilístico: en el que alude a un determinado género literario o cinematográfico. Los otros errores se pasan de comentario, aunque no son comentarios precisamente lo que les faltan. Sabido es que los aficionados al género terrorífico en todas sus formas de expresión, los verdaderos aficionados, que no buscan coartadas sociológicas o psicoanalíticas para sus preferencias y reconocen humildemente que a ellos les gustan realmente los vampiros, los fantasmas, los neblinosos pantanos y los viejos castillos inhóspitos, son seres morbosos, patológicamente inmaduros y alucinatoriamente reprimidos. Así somos... ¡y que Dios no mande otra cosa! Parecía que nuestros males no tenían curación y que moriríamos esquizoides y feos, tal como nacimos. Pero TVE, bendita sea, ha decidido curarnos. Para ello, se ha molestado en hacer una serie en colores, que le debe haber costado una pasta gansa, y ha escogido como director de la misma al afamado especialista doctor Páramo. «Combatiremos el terror con el terror», dice el hombre de los ojos muertos, en una novela de Gaston Leroux; no otro ha sido el plan terapéutico tramado por el doctor Páramo. Para curarnos de nuestro gusto por terrores fingidos, ha decidido darnos auténtico terror, del bueno y verdadero. Los licántropos (con perdón del nuestro), los enanos deformes y las bestias oscuras son gente simpática, entretenida y, a su modo, afectuosa; lo auténticamente espeluznante es el aburrimiento. De modo que el doctor Páramo (¡lástima de nombre, tan terrorífico!), en su serie «El quinto jinete», nos asesta cada dos semanas un choque vitamínico a base de aburrimiento masivo capaz de asquearle a uno del género fantasmal para los restos. La técnica es sencilla, pero ingeniosa: supongamos una de esas escenas clásicas en que una futura víctima comienza a recorrer un caserón tenebroso con una vela en la mano, a la espera de que le salga cualquier espanto de un rincón, bueno, pues Páramo repite la escena clásica tal cual, pero con la astuta salvedad de que la víctima esté deambulando durante veinte o treinta minutos cumplidos: resultado, salga lo que salga al final, el espectador está ya dormido y le da lo mismo que sea un vampiro cianótico que un abogado del Estado. Si a esto se añaden inteligentes destrozos en el argumento de historias excelentes, como ocurrió con «La familia Vurdalak», que quedó muy pachucha la pobre, poco más hace falta para que nuestra monstrosifilia se nos convierta en paramorfobia. ¿Logrará sanarnos TVE del morboso vicio que nos corroe? En todo caso, por ella no ha de quedar. De momento, los viciosos comenzamos ya a aplicar métodos de autodefensa y contraatacamos combatiendo el aburrimiento con el aburrimiento: tras cada «Quinto Jinete» nos zurrarnos un programa de «Los ríos», de un señor muy literato y muy azorín que ya se ha ganado el limbo de unas Obras Completas, en piel y en rústica. Los malos nos aferramos al mal como otros a los ministerios o al rosario en familia. ■ SAVATER

